

Por qué seguimos siendo orwellianos: 1984 y el totalitarismo

Antonio Domínguez Leiva

Pocas novelas han resultado tan emblemáticas del pasado siglo como la utopía negativa de Orwell *1984*. Generadora del calificativo «orwelliano», testamento y compendio de toda una vida en la encrucijada entre estética y política, la obra fue redactada poco antes de la muerte del autor, en 1948. De hecho la inversión de la fecha en el título es ya, más allá del ludismo, una clave interpretativa de la obra, extrapolación de un presente distorsionado. Desde un principio *1984* definió el panorama cultural de la postguerra, siendo una de las novelas más influyentes de la crisis de la modernidad.

Defraudado por su experiencia en la guerra civil española, contienda en la que participó militando en el P.O.U.M, organización trotskista ferozmente eliminada por los estalinistas, Orwell se convenció de la «necesidad de la destrucción del mito soviético para salvaguardar el movimiento socialista» (Steinhoff, 1976: 19). *1984* surge de dicha convicción, frente a la inercia interesada de los intelectuales orgánicos del Partido laborista que nunca aceptaron el testimonio español de Orwell, llegando hasta negar la realidad de la represión estalinista por él sufrida. «La historia se paró en 1936», escribe Orwell a Koestler, «la posibilidad de descubrir la verdad objetiva desapareció (...) la mentira se habrá convertido en verdad» (Steinhoff, 1976: 176).

Contra el descrédito manipulativo de la verdad objetiva Orwell apela curiosamente a la ficción y en concreto a la rama más «ficticia» de ésta, la literatura de anticipación. Inspirándose en la fértil tradición distópica de la literatura anglosajona desde Swift hasta Wells, London y Huxley, Orwell decide concentrar diez años de análisis y compromiso político en una *opus magnum* que permita dar forma a una cantidad impresionante de testimonios ignorados tanto por la prensa de izquierdas como por el *establishment* británico.

Basándose en su experiencia barcelonesa así como en sus vivencias londinenses bajo los bombardeos nazis, retomando los reportajes de Koestler, Souvarine, Dukes, Erika Mann o Beausabre entre otros y reflexio-

nando a partir de teóricos como Hilaire Belloc o sobre todo James Burnham, Orwell construye los cimientos de una sociedad ficticia totalmente estremecedora. Se trata de un condensado alquímico de todo el horror político de la época.

De hecho las primeras críticas de la obra, ya fueran favorables o desfavorables, no vieron en ella –salvo excepciones como Golo Mann o Koesler– más que un reflejo novelado del totalitarismo estaliniano. Todo apuntaba a ello, desde el culto al Gran Hermano –léase el *Hombre de Hierro*, también autoproclamado Genio Universal– y el minuto de odio al «Enemigo del pueblo» –léase Trotsky– hasta los procesos de Moscú y el «archipiélago gulag». Coincidiendo con el inicio de la guerra fría, la novela de Orwell se transformó así en «superarma ideológica de la guerra fría», coincidiendo con lo que Traverso denomina la «edad de oro de la teoría totalitarista»: «Es en esta época cuando el totalitarismo, al que se consagran numerosos coloquios universitarios, conoce su más célebre transfiguración literaria gracias a *1984*, a la vez fuente de numerosas y a veces violentas críticas y arquetipo duradero de las representaciones de la dominación totalitaria en el imaginario occidental» (Traverso, 2001: 51).

La teoría del totalitarismo, surgida del estudio comparado de las dictaduras comunistas y fascistas efectuado por el politólogo Kohn (1935), recobra actualidad en el contexto de la guerra fría, siendo utilizada por el bloque capitalista en su lucha contra el comunismo y transformándose entonces en verdadera ideología del liberalismo estadounidense. Dicha ideología utilizará *1984* como medio retórico-alegórico de diabolización del adversario comunista. La novela recibe entonces, tras el rechazo de los editores de izquierdas temerosos de oponerse al aparato comunista, una difusión espectacular en todos los aparatos ideológicos de Estado desde los colegios hasta las organizaciones «para la libertad de la cultura» subvencionadas por la C.I.A en distintos países del planeta, vendiendo 11 millones de ejemplares en 23 idiomas. Ironía del destino, el testamento crítico de un socialista libertario se convirtió así en instrumento de manipulación de masas. Sin duda Orwell se removió en su tumba, pese a estar acostumbrado en vida a ese tipo de distorsión propagandística.

En los años 60 la nueva izquierda contestataria se aleja de la ideología simplista del «totalitarismo», distanciándose tanto de la ortodoxia soviética como de los valores alienantes del supuesto «mundo libre». La crítica de la «tolerancia represiva» (Marcuse) y del control tecnocrático en las sociedades capitalistas dan un giro interpretativo a la obra de Orwell: surge una lectura contestataria de la obra, entendida como reflexión metafórica sobre la alienación de las sociedades tecnocráticas, aplicable por lo tanto al auto-

proclamado «mundo libre», tal y como evidencia el postfacio de Fromm a la edición Signet: «Sería terriblemente desafortunado que el lector interpretara *1984* como una descripción más de la barbarie estalinista y no viera que también significa la nuestra» (267¹).

Respecto al otro bloque del mundo bipolar, la recepción de Orwell es también significativa: en la cultura de los *samidzatz*, *1984* circula de modo anónimo y es leído como una sátira transparente del *homo sovieticus*, hasta el punto que Czeslawz Milosz se asombra en *El pensamiento cautivo* de que «un escritor que nunca vivió en Rusia pudiera tener una percepción tan acertada de su vida cotidiana» (Steinhoff, 1976: 286). Zinoniev y Havel le rinden homenaje mientras que Simecka escribe *Mi camarada Winston Smith* en 1979.

En paralelo, y ante la complicación del panorama político internacional surge una tercera lectura que critica el reduccionismo caricaturesco de la obra para denunciar su ineficacia política –así, según Isaac Deutscher, *1984* «no ayuda a la comprensión del verdadero fenómeno totalitario»–, prefiriéndole por ejemplo el análisis desencantado de las perversiones del hedonismo que se halla en el otro clásico distópico *Brave New World* de Aldous Huxley, más adaptado a la alienación de la sociedad de consumo que invade poco a poco la aldea global.

Tras la caída del muro, el orden neoliberal de la globalización ya sólo necesita la teoría del totalitarismo como referencia a un pasado denigrado, sacralizando la democracia como valor absoluto y creando un nuevo tipo de «novlengua», así como una reescritura de la Historia que silencia las atrocidades cometidas por el «mundo libre». Mullidos en el comfortable «fin de la Historia» una lectura *light* vería en *1984* una novela más sobre los horrores –indeterminados y pasados– del siglo XX, si no fuera por los atentados del 11 de septiembre y la reorwellización de la aldea global. En efecto, asistimos ahora mismo, a través de inquietantes derivas fascistoides de Bush Jr. y sus restricciones de las libertades básicas en aras a la amenaza fantasma del orwelliano Eje del Mal, a una manipulación inquietante del lenguaje y de la Historia que nos sumerge nuevamente y mal que nos pese bajo la sombra del Gran Hermano.

Pero no se trata aquí de encontrar paralelismos orwellianos a la Cruzada de Goerge Bush Jr. contra los derechos civiles de los americanos y contra el *consensus juris* internacional, algo que la crítica periodística ya ha señalado aprovechando el centenario del nacimiento del autor. Trataremos

¹ Las referencias numéricas sin especificar remiten a Orwell, 1984, Nueva York, Signet, 1961.